

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2013.

La Nueva Escuela Histórica y los espacios institucionales.

Callegarich Belén.

Cita:

Callegarich Belén (2013). *La Nueva Escuela Histórica y los espacios institucionales. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/643>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LA NUEVA ESCUELA HISTÓRICA Y LOS ESPACIOS INSTITUCIONALES

Belén Callegarich

UBA-FyL/AGN-DDE

abelencallegarich@gmail.com

*Cenáculo fraternal, con la incertidumbre reconfortante
que en nuestra calidad de Latinoamericanos,
poseemos el mejor estómago del mundo, un estómago
ecléctico, libérrimo, capaz de digerir, y de
digerir bien, tanto unos arenques septentrionales o
un koukous oriental, como un becasina cocinada
en la llama o uno de esos chorizos épicos de Castilla.*

Oliverio Girondo

Veinte poemas para ser leídos en el tranvía.

1922

*pues tales hombres, caudillos de gauchos en la pampa, eran a la vez los estadistas
del gobierno y los caballeros del estrado. Así, Mitre fue en su juventud domador
de potros; Sarmiento, peón de mina. Maestros en las artes gauchas, éranles
corrientes al mismo tiempo el inglés del Federalista y el francés de Lamartine.*

Leopoldo Lugones, El Payador, Capítulo 3 A Campo y Cielo Pág. 53

Introducción.

Las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX estuvieron signadas por una crisis cultural producto de la masa inmigratoria que llegó al territorio nacional para aquellos años. Este ingreso masivo de extranjeros al país produjo un cambio social de tan de tan grande impacto y manifestó un grado de heterogeneidad cultural tal que algunos intelectuales sintieron la necesidad de empezar a preguntarse acerca de la identidad nacional argentina.

En torno al Centenario (y quizás con motivo de éste) aparece desde los intelectuales de las letras por un lado y desde el propio Estado por otro la urgencia de amalgamar a la población que habita en el territorio nacional bajo una serie de

características comunes (costumbres, historias y rasgos identitarios) que definan a la Nación y a toda la sociedad. Partiendo de este proyecto se le va a demandar a la Historia una participación más activa en la sociedad y funcional a dicho objetivo.

Paralelamente a esto, a principios del siglo XX, se produce un cambio en la forma que adquiriría la actividad intelectual en Buenos Aires: paulatinamente deja de estar concentrada en la figura “que está mentada en el texto de David Viñas denominaría el *gentleman-escritor*” (ALTAMIRANO Y SARLO, 1983: 79) para concentrarse en la figura del intelectual profesional. A partir de este hecho la Historia ya no será la tarea surgida de quienes en sus ratos de ocio demuestran un interés por la materia, sino de quienes se dedican profesionalmente a ello. Esto mismo ocurre en distintos ámbitos culturales, en el campo de la Literatura, manifestándose en la emergencia de Cafés Literarios y otros espacios donde se plasmó la lógica de formación de una identidad nacional al igual que en el campo histórico.

Sin embargo, no es sino hasta principios del siglo XX, cuando la producción histórica deja de ser una empresa privada motivada ya sea por la estrecha relación que pudieran tener con los protagonistas de la misma Historia argentina (por ejemplo Vicente Fidel López quien más de una de vez acudió a sus propios lazos de parentesco como principio de autoridad) o para manifestar una determinada posición ideológica política (Bartolomé Mitre, quien en los años más convulsionados por disputas políticas fue un unitario confeso).

Dentro de este contexto de renovación intelectual y de la mano de un grupo de jóvenes intelectuales, se produce un quiebre en la forma de hacer historia: aparece la Nueva Escuela Histórica (NEH) en la escena nacional que, tomando como guía el manual de Langlois y Seignobos llamado *Introducción a los Estudios Históricos*, busca diferenciarse de las tradiciones anteriores no sólo respecto la temática del relato histórico, sino también respecto a los ejes de debate.¹

Al mismo tiempo, la Reforma Universitaria de 1918 abonó el terreno para que muchos de los exponentes de esta nueva corriente encontraran un anclaje dentro de las cátedras universitarias. Sin embargo una vez alcanzada su ubicación en los ámbitos universitarios, uno de los desafíos que debieron asumir durante el camino hacia su consolidación en el alcance de la hegemonía dentro de la disciplina, fue resolver problemas que tendieran a llenar el vacío producto de la precariedad

¹Tal como había sucedido en Francia, la Nueva Escuela Argentina busco afianzarse en la complementariedad de “la verdad universal del archivo y la verdad particular de la nación.” PIERRE NORÁ (dir.), *Les lieux de mémoire*, 1, (París, Quarto Gallimard, 1997) p. 34.

institucional². Para eso atacaron en tres frentes: por un lado, poner a disposición de los investigadores el acervo documental, por otro, lograr la incorporación al plantel de profesores en las distintas universidades y por último crear institutos desde los cuales se pudiera llevar a cabo la tarea del historiador.

La debilidad institucional que predominó en las décadas previas y la consecuente precariedad de espacios de sociabilidad en los que fuera posible el desarrollo de investigaciones históricas generalizadas contribuyeron a que fuera más simple para la NEH afianzarse. Fue objetivo de este grupo la cooptación de instituciones públicas ya existentes, trabajando desde ellas, además de la creación de otras nuevas que sirvieran de respaldo institucional a la consolidación de su propio discurso historiográfico, la Junta de Historia y Numismática Americana (que luego sería la Academia Nacional de la Historia) creada en 1893 y la Sección de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras (que más tarde sería el Instituto de Investigaciones Históricas) creada en 1905.

Estos nuevos ámbitos de sociabilidad significaron al mismo tiempo la posibilidad de inserción laboral de aquellos que desearan encontrar en la Historia un medio de vida.

Teniendo en cuenta estos tres aspectos, dividiremos el trabajo en tres partes: primero describiremos la coyuntura política nacional, en segundo lugar plantearemos la demanda de un programa nacionalizador de parte del propio estado y la literatura y por último abarcaremos el proceso de profesionalización de la historia. El objetivo será analizar de qué manera la heterogeneidad cultural pone de manifiesto una urgencia por generar una identidad nacional que tienda a unificar culturalmente a la convulsionada sociedad argentina de principios del siglo XX. Urgencia promovida por intelectuales ligados a la expresión literaria y/o funcionarios del Estado. Veremos cómo esa necesidad se vio envuelta en un proceso de creación y consolidación de instituciones para entender y solucionar la problemática mencionada. Al mismo tiempo, veremos cuál es el rol que jugaron los intelectuales en este contexto y particularmente para el caso de historia, ver de qué manera este contexto ayudó la profesionalización de la disciplina.

² Cabe señalar que desde la creación de la Facultad de Filosofía y Letras en 1896, pero particularmente a partir de la creación de la Sección de Investigaciones Históricas en 1906 la disciplina histórica no se encuentra desprovista de instituciones, lo cierto es que las mismas todavía no alcanzan el auge que van a tener en la década del '20.

Para llevar a cabo la comprensión exclusiva del contexto intelectual comenzaremos analizando la visión que nos provee la literatura para entender la sociedad de esa época y los planes propuestos por ellos, centrándonos en las figuras de Ricardo Rojas y Leopoldo Lugones ya que los entendemos como los primeros en ocuparse de esta problemática y de ser de los primeros de llevar adelante la transformación del escritor en profesional, figura que, para la década del '20, llegará a la esfera de la Historia como disciplina. Para luego desentrañar si la NEH cumplió, intencionalmente o no, un papel esencial en el intento de “nacionalización” en el marco de la profesionalización de la disciplina histórica.

El impacto de la inmigración masiva sobre las esferas político-culturales de la Argentina de fines del siglo XIX y principios del XX.

Luego de la unidad nacional en 1862, en 1869 se realiza el primer Censo Nacional que arroja el resultado de que

El país tenía aproximadamente 1.877.490 (un millón ochocientos setenta y siete mil cuatrocientos noventa) habitantes; en 1914 la población había crecido de manera notoria hasta llegar a los 8.090.084 [...] las cifras de los cambios en las grandes ciudades, como Buenos Aires y Rosario, son impactantes, en 1869 se contaban unos 187.000 habitantes en Buenos Aires, y en 1914 llegaban a 1.576.000. A lo largo del período, los extranjeros representaron alrededor de la población total de la ciudad. (CATTARUZZA, 2012: 25-26)

Hacia 1895, la población argentina que vivía en centros urbanos alcanzaba el 42%, y para 1914 había superado la mitad de la población llegando al 58%; una tasa superior a la de cualquier país Europeo con la excepción del Reino Unido y los Países Bajos. Instalados en las ciudades, los inmigrantes se integran en los sectores secundario y terciario de la economía nacional.

Sin embargo, la inmigración masiva en la Argentina no se limita sólo a 1880, sino que continúa también a principios del siglo XX. Durante el período que va de 1880 a 1912 es el momento en dónde se produce de forma más tangible el crecimiento poblacional dentro del cual aumenta también la proporción de inmigrantes en relación a la población nativa. Esta gran masa inmigratoria invadió todos los espacios a punto tal que la reciente identidad nacional se vio afectada y su escaso arraigo en la sociedad se hizo más evidente manifestándose, por ejemplo a

través de los festejos de fiestas populares extranjeras, costumbres diarias, rememoramiento de fechas patrias, etc.

José Ingenieros y Ramos Mejía fueron dos de los intelectuales ligados al positivismo contemporáneos a este proceso que, al igual que sus testigos de este proceso, se hicieron eco de estas problemáticas que se veían expresadas no sólo en términos de valores estadísticos. El primero tratará de entender la naturaleza de esta masa de inmigrantes que operaba en la sociedad: analizando cómo era la adaptación de las distintas razas a los distintos espacios, la relación con los diferentes climas, etc. Por su parte, José María Ramos Mejía se dedicaba a denunciar el impacto que este proceso producía en la población local, como por ejemplo cuando señala en su obra *Los simuladores del talento* la extrañeza con que se presentaba la propia ciudad a los nativos argentinos cuando señala que

A veces sólo por grandes estallidos suben á la superficie, ya solos ya colectivamente. Discurren en el silencio, hablan una lengua extraña y misteriosa; poseen un periodismo peculiar: la prensa de las paredes y de los muros bien blanqueados. Se expresan en una lengua caótica de palotes y geroglíficos. (RAMOS MEJÍA, 1904: 264-265)

Pero la inmigración no sólo repercutió en el ámbito cultural sino que también en la esfera política se produce un cambio en la práctica: este período surgen en donde surgen los partidos políticos modernos en el contexto de la nueva política de masas que van a demandar participación en este espacio que se está abriendo y comenzará a ser disputado.

Esta sumatoria de nuevas formas de vida, nuevos actores sociales sumados a los anteriores, va a traer aparejada la notoria necesidad de integrar a la sociedad en su conjunto bajo un concepto de Estado-Nación. Va ser necesario apuntar a estos objetivos para lograr la estabilidad social.

Por eso motivo se va a desplegar un poderoso instrumental gubernamental con la meta de la homogeneización cultural de los inmigrantes. Favorecida por las notas comunes (el origen latino de casi el 80% de los llegados en estas oleadas), el gobierno federal instrumentó una política de educación e inserción forzosa, basada en la obligatoriedad de la conscripción forzosa durante un año en el ejército nacional a partir de 1902 sólo para nativos (entre ellos muchos hijos de inmigrantes) y, por supuesto, en la enseñanza primaria a partir de 1884, la inculcación de la épica

nacional elaborada por la historiografía mitrista. Para este último objetivo era indispensable explicitar cuáles deberían ser las características de esa épica nacional. Es por eso que fue indispensable la pronta identificación de la sociedad con determinados elementos simbólicos (los símbolos patrios) que ayudarían a fortalecer el sentimiento nacional. Como ya ha mencionado Alejandro Cattaruzza, esta necesidad se filtró “desde los manuales escolares hasta los retratos de próceres y las banderas que adornaban las aulas; desde la liturgia patriótica hasta los monumentos” (CATTARUZZA, 2003: 107.).

Durante los primeros años del siglo XX fue Ricardo Rojas quien planteó la preocupación de asimilar al extranjero con elementos propios de nuestra nación. “Tanto *La Restauración Nacionalista* como *Blasón de Plata* son obras escritas a propósito del Centenario de la Revolución de Mayo, en las cuales Ricardo Rojas aplica su sistema de ideas nacionalista”(FERRÁS, 2007: 6.). Es por eso que en sus obras propone que, a través de la enseñanza de la historia y las humanidades, se logrará una conciencia del pasado tradicional dado que a la civilización no sólo se la puede influenciar a través de una conciencia territorial sino también mediante lo espiritual y psicológico.

Al mismo tiempo el modernismo emergente en toda Latinoamérica como movimiento intelectual, pudo detectar el horizonte demandante de la época que le permitió legitimar su posición en tanto intelectuales pudiendo acaparar la demanda existente sobre el nacionalismo.

La búsqueda de este pasado tradicional es el punto de partida que llevó a Leopoldo Lugones a encontrar, en el gaucho encarnado al “ser nacional”. El gaucho es visto por Lugones como un actor perteneciente al pasado que tuvo un accionar glorioso y heroico en las guerras de la independencia y que poseía características que estaban presentes en todos los grandes próceres argentinos y que ha logrado perdurar a través de las generaciones de argentinos hasta nuestra actualidad.

Pero más importante aún es que la intervención de Lugones adquiere un fuerte carácter institucionalista sobre todo porque su obra es presentada frente al presidente Roque Sáenz Peña y sus ministros.³

³ En 1913, Lugones, pronuncia en el Teatro Odeón una serie de conferencias, titulada "El Payador", ante la presencia, entre otros personajes ilustres, del entonces presidente Roque Sáenz Peña; el tema principal de las conferencias (recopiladas y publicadas en 1916) era el poema gauchesco Martín Fierro y la

Al mismo tiempo las ideas de Lugones se imponen como se puede observar a partir del establecimiento del *Martín Fierro* como texto fundador de la nacionalidad. A partir de esta lectura, el gaucho deja de ser el representante de una realidad bárbara que hay que dejar atrás en la marcha hacia la civilización, y se convierte en el símbolo con el que se trama una tradición nacional que el mismo progreso y la inmigración amenazan con disolver. La búsqueda por una identidad nacional lleva, desde diferentes sectores, a una revalorización del Martín Fierro. Lugones da respuesta a una pregunta que formaba parte de las preocupaciones que anidaban en el espíritu del centenario acerca de la existencia de un poema épico que condensara y resumiera el principio original de la nacionalidad, dado que encuentra en el Martín Fierro ese poema épico fundador de la nacionalidad en el cual su héroe (el payador) sintetiza la vida heroica de la raza.

Las dos primeras décadas del siglo XX integran en la literatura argentina el período del modernismo o de la "Generación del Centenario", por cuanto este movimiento cultural heterogéneo desarrolló parte de su actividad principal en tiempos de las grandes conmemoraciones patrióticas. En el aspecto de nuestra evolución política se relaciona con la primera presidencia de Yrigoyen. Fue una época de transición entre el ocaso del modernismo, que prolongó una influencia postrera y ciertas formas vanguardistas que más adelante integrarán, por ejemplo, el movimiento de la revista *Martín Fierro*.

El Centenario de la Revolución de Mayo, la era de la política de masas y la gran empresa estatal para “argentinizar”.

Durante la primera década del siglo XX, los festejos del Centenario de la Revolución De Mayo fueron vividos como un evento de la mayor importancia del Estado Argentino que hizo que se pusiera al servicio de esta celebración un gran dispositivo. En este sentido, el festejo del centenario de la Revolución de Mayo puede ser tomado como el festejo de la consolidación del Estado sucedida en 1880,

exaltación de la figura del gaucho como paradigma de nacionalidad.

como el festejo de la culminación del proceso revolucionario de mayo que comenzó en 1810, ya que si pensamos por ejemplo en la generación del '37, ellos se veían como los continuadores de la tarea. Así, la Revolución de Mayo

[...] constituyó el mirador privilegiado desde el cual se examinaba la experiencia local. Esta entronización se debió al extendido consenso en caracterizarla como un acto fundacional, como una ruptura que había inaugurado una nueva era. [...] De ese modo el proceso revolucionario se constituyó en el mito de orígenes para los pueblos rioplatenses (WASSERMAN, 2008: 163)

Sin embargo, iba a ser necesario realizar una gran festividad que estuviera a la altura de las circunstancias, que apelara a ese pasado nacional heroico y fundacional que se proponía como la característica esencial definitoria de la argentinidad que distinguía a los nativos.

Es así como, ya en 1909 por Decreto PEN expedido por el Presidente Figueroa Alcorta, se crea la Comisión Nacional del Centenario que se encargará de toda actividad referente a los festejos. Entre las diversas actividades planeadas se incluían: la reproducción de documentos políticos y militares importantes para nuestra historia nacional, ilustraciones de mapas que mostraran las campañas militares que se llevaron a cabo a lo largo del siglo XIX, principales batallas libradas, como así también insignias, sellos y escudos y la construcción de monumentos de los grandes próceres del pasado nacional y algunas instituciones.⁴

Como se vio anteriormente, desde el cambio de siglo, pasando por el festejo del Centenario y durante la década siguiente, a nivel político-institucional se buscó consolidar el Estado deseado a través de diferentes disposiciones estatales de la mano de ciertas disciplinas. Algunas de ellas que se encontraban en plena disputa por la hegemonía del campo intelectual al que pertenecían.

La NEH, la coyuntura y la ardua tarea de profesionalizar la disciplina histórica.

Particularmente en los albores de la década del '20, dentro del ambiente historiográfico, se produjo el surgimiento de una nueva generación de historiadores, cuya labor significó la profesionalización de la disciplina y la consolidación de una

⁴ AGN, Sala VII 18-2-11

serie de instituciones y espacios intelectuales sumamente importantes, muchos de los cuales perduran hasta hoy.

En un momento en donde el método imperante hacía que las producciones históricas sea el derivado o de las ciencias naturales o de la psicología⁵ y, bajo esos parámetros se conformaban dos grupos de intelectuales homogéneos, la Nueva Escuela Histórica, opuesta a ambos, estuvo conformada por un heterogéneo grupo de pensadores que, ocupando distintos espacios de investigación y desarrollando diferentes relatos históricos puso de manifiesto un cambio respecto de las formas previas de dedicarse a la investigación.

La producción historiográfica de mediados y finales del siglo XIX estuvo en manos de historiadores que, además de ser “bibliófilos y coleccionistas” (donde el uso de documentación proveniente de repositorios públicos fue muy limitada) pertenecían al modelo de la imagen del *intelectual gentleman* cuyo lugar de producción era la privacidad de su casa y su momento era robado a sus ratos de ocio. En este sentido, no sólo se limitaba el conocimiento y acceso a la documentación a los ámbitos privados, sino que reducía los espacios de sociabilidad para la producción y discusión histórica a sus círculos cercanos que claramente, eran cerrados.

Los principales exponentes de la NEH fueron Rómulo Carbia, Emilio Ravignani y Ricardo Levene. Ellos se vieron envueltos en una serie de debates con exponentes previos de la historiografía argentina y reaccionaron principalmente contra los positivistas y contra Paul Groussac: criticaron la forma en que llevaban a cabo la labor en la construcción de un relato histórico. Afirmaban que ellos se involucraban con las temáticas trabajadas de forma personal y que ponían especial énfasis en la opinión, además de que recurrían a formas de escritura propias de los literatos, que poco tenían de científico. Estas críticas fueron formuladas en la

⁵ El positivismo, como se sabe, es la escuela filosófica que afirma que el único conocimiento auténtico es el conocimiento científico. Hay dos vertientes diferentes, una que toma el método científico de las ciencias naturales y la otra que toma prestado el método del psicoanálisis [no sería psiquiatría. Igualmente me parece que en ambos casos está supuesta la unidad del método o monismo metodológico] bajo estos dos modelos se debería realizar el trabajo del científico social. El objetivo era establecer leyes generales de los procesos sociales. Los historiadores positivistas en Argentina (llamados “ensayistas” por Rómulo Carbia: Francisco y José María Ramos Mejía, Carlos Octavio Bunge, José Ingenieros, Lucas Ayarragaray, entre otros) tuvieron su auge productivo a finales del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX y prestaron una mayor atención a los problemas relacionados con el movimiento de las masas, en especial las inmigratorias en función de poder establecer un orden y una jerarquía social para avanzar hacia el progreso.

majestuosa obra de Rómulo Carbia *Historia crítica de la Historiografía Argentina* en 1940, en la cual se encarga de hacer una descripción de aquellas corrientes que se encargaron del ejercicio histórico. Es entonces, cuando comienza a hacerse visible la necesidad de llegar a un público especializado, para esto han sido imperiosas las publicaciones de los institutos y posteriormente las revistas históricas.

Los miembros de esta nueva corriente mantuvieron una unidad respecto a las “formas correctas” de hacer Historia y, pese a las diferencias ideológicas que pudieran haber tenido, mantuvieron a rajatabla el interés por el acerbo documental y argumentaron en pos del uso correcto de los documentos como forma de lograr la “investigación histórica objetiva” y libre de partidismos y otras expresiones condicionantes del discurso.

Uno de los argumentos que le sirvió a esta nueva visión para adentrarse en la disputa con las tradiciones anteriores al interior del campo científico, fue apelar a la no pertenencia a familias tradicionales. Esto les permitía acercarse a la investigación histórica sin estar condicionados por las pasiones propias de un período conflictivo como fue la etapa Revolucionaria comenzada en 1810 y la forma en que éstas influyeron sobre la conformación del Estado Nacional. Esta fue una característica fundamental ya que les otorgó el tinte de objetividad necesaria para alcanzar el monopolio del saber histórico legítimo (en una época donde al pasado se lo demanda desde el Estado) ya que al control de las Instituciones ejercido por los miembros de la NEH, se sumaron las cercanas relaciones que mantuvieron con los distintos gobiernos de turno. Es por estas razones que se ha planteado la posibilidad de que

la profesionalidad de la Nueva Escuela Histórica [pueda] derivar no de su formación sino de la legitimación que en ese sentido la sociedad local o su élites estaban dispuestas a concederle, en tanto una historiografía profesional académica que aparecía como una necesidad funcional para la constitución de un pasado nacional que cobijara la identidad argentina que se esperaba construir desde la educación patriótica (DEVOTO, 2007: 16).

Quizás no sea tan acertado afirmar que en cierta forma sus objetivos y medios para concretar un corte en la manera de formular un discurso historiográfico fueron los que marcaron la diferencia con las formas anteriores de hacer historia. En la búsqueda de un lugar autónomo en la producción de un discurso historiográfico, el principal cambio fue modificar el estatuto disciplinar para hacer del relato histórico

un saber científico y una práctica en la profesión. Para eso, la forma de escribir esta nueva versión de la historia argentina tendría que pasar a depender del uso de

un modelo de tarea y de trabajo para los historiadores basado principalmente en el uso del documento original de archivo y en los métodos de crítica de estos documentos, que fueron los que otorgaron el estatus de científico a esta nueva profesión” (BUCHBINER, 1996)

No obstante, el énfasis en la práctica de la crítica al documento de archivo para la investigación histórica no es nueva, dado que ya estaba presente en los historiadores del siglo XIX, en especial en Mitre. De hecho “esta última [la tradición erudita de Bartolomé Mitre] fue una de las herencias que la NEH pudo arrogarse para legitimar el espacio que ocupara prolongadamente en el contexto historiográfico local” (DEVOTO Y PAGANO, 2009: 139).

A pesar de esto, a nuestro entender, la diferencia fundamental y mucho más tangible entre las distintas tradiciones historiográficas radicó en la capacidad de crear círculos de producción académicas que implantaran una nueva forma de sociabilidad que tendiera a incluir a toda una nueva generación de historiadores profesionales.

En este sentido, y con la consolidación del Instituto de Investigaciones Históricas, la producción historiográfica y el intercambio intelectual empieza a correr por otros canales institucionales. Algunos de estos espacios (como la Sección de Investigaciones Históricas) habían sido creados a principios del siglo XX. El dato de color se manifiesta recién en los años '20 cuando (en parte por la Reforma del '18, las condiciones políticas y sociales externas a la facultad) se produce un relevo generacional que le permitió a ciertos exponentes de la NEH alcanzar altos cargos jerárquicos.

Filosofía y Letras, el nuevo *lugar* del intelectual.

Ya desde su creación en 1886 se puede ver el rol “nacionalizador” de la Facultad de Filosofía y Letras ya que “puede percibirse entonces como la culminación de una serie de intentos por conformar un ámbito público para la práctica de las humanidades” (BUCHBINDER, 1997: 26) porque era tarea de las “humanidades” formar al individuo en la conciencia de su nacionalidad proveyéndolo de los conocimientos propios de su país tales como su lengua, su

geografía, literatura e historia. Al mismo tiempo hay que tener en cuenta que durante las primeras décadas del siglo XX el decanato de la Facultad fue ejercido por Ricardo Rojas quien trató de hacer de la institución un bastión de la tarea de “dar tutela cultural e intelectual a la dimensión nacional” (BUCHBINDER, 1997: 107).

Sin embargo, en la década del '20 se produce ese recambio generacional en el plantel de profesores de la Facultad. Este proceso se vio (en parte) determinado por la Reforma Universitaria de 1918 que, al impulsar un nuevo estilo de vida universitario, se encargó de “limpiar” la universidad en general y la facultad en particular, de todos los rasgos de la vida universitaria anterior.

La Reforma Universitaria generó transformaciones profundas en la vida y dinámica interna de la Facultad. [...] Se modificó sustancialmente y se creó una carrera académica con pautas y mecanismos de ascenso claramente delimitados, que provocó que la Facultad fuese reclutando su personal docente y técnico, en forma cada más frecuente, entre sus propios egresados (BUCHBINDER, 1997: 99).

Fortuitamente, los espacios universitarios que se abrieron con la Reforma le dieron a la NEH la posibilidad de ser los encargados de llevar a cabo un cambio en las formas de trabajo. La constante presión sobre la actividad historiográfica fue instaurando instituciones en las que los miembros de esta nueva escuela pudieron anclarse. Lograron así acceder a los puestos más importantes dentro de la academia y llegaron a ser figuras renombradas dentro de los ámbitos profesionales que era el lugar de expresión de la ciencia histórica dada su configuración profesional.

En una primera instancia, es en las Secciones de cada carrera de la facultad donde encuentran asideros los intelectuales y donde logran un crecimiento académico.

No es casual entonces, ver cómo a lo largo de toda la segunda década del siglo XX, aquellas secciones se van transformando en institutos de investigaciones “en Filosofía y Letras, entre 1921 y 1942, fueron creados dieciséis Institutos a través de los cuales la Facultad se proponía canalizar la investigación y la producción científica.” (BUCHBINDER, 1997: 131)

El Instituto de Investigaciones Históricas y el interés por la historia política institucional.

La Sección de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras creada en 1905 fue transformada por resolución del Consejo Superior de la Universidad en el Instituto de Investigaciones Históricas en diciembre 1921 y se caracterizó desde entonces (como todos los pertenecientes a la facultad) por tener una función editorial. En el caso de Historia, se realizaban tareas de recopilaciones documentales para su posterior publicación. En esta empresa fue fundamental la designación de Emilio Ravignani como su director quien hizo una gestión particularmente prolífica en este sentido. Es así que entre 1911 y 1936 se produce la mayor cantidad de edición de documentos, ya sea en prensa o en publicaciones propias del Instituto. En palabras del propio Ravignani “uno de los esfuerzos más singulares de Instituto de investigaciones históricas que dirijo ha sido el del perfeccionamiento gradual de la edición de los textos, ya sea inéditos o éditos” (RAVIGNANI Y OTROS, 1939: XLIV). Al mismo tiempo desde el Instituto se publicaban las investigaciones de los distintos docentes adscriptos a él.

Levantando el estandarte de la nueva –y correcta – forma de hacer historia, los miembros del Instituto fueron los protagonistas de una superproducción académica cuya temática concentraba un fuerte tenor político-institucional: convivían las preocupaciones acerca de la Historia Constitucional con los problemas del caudillismo. Para el caso de Ravignani podemos apreciar obras como *Historia del Derecho Argentino* (editada en 1919), *La Constitución de 1819* (1926) e *Historia Constitucional de la República Argentina* (1926-1930).

Así, el Instituto de Investigaciones Históricas se convirtió en el nuevo lugar de circulación intelectual del que se sirvieron algunos de los exponentes de la NEH para lograr su consolidación profesional. No sólo por la importancia que adquirió en la década del '20 como lugar de concentración y difusión de información, trabajos y publicaciones documentales a través de la distribución de el *Boletín*, sino porque también fue incorporado bajo la órbita monopólica de la NEH. De hecho Ravignani ocupó la dirección del instituto entre 1921 y 1946.

A modo de conclusión.

El surgimiento de una escuela historiográfica determinada es producto de múltiples causas. También es interesante remarcar que los cambios de paradigmas y sus consecuentes cambios de método responden no sólo a una intención propia de la vanguardia intelectual, sino que también se pueden llegar a encuadrar en un proceso mucho más amplio.

Sin embargo en la Historia paso algo similar a lo que pasó en los años '20 con la *Revista Martín Fierro*.

“Cuando los contemporáneos dicen *Martín Fierro*, la denominación recubre el conjunto de revistas de los años veinte, sintetizadas bajo ese nombre, porque fue precisamente esta publicación la que de manera más completa delineó el estilo de la ruptura vanguardista. [...] el proceso de *Martín Fierro* completó la autonomización de la esfera estética, movimiento que, iniciado por el modernismo, no había concluido en los años densos de ideología del primer nacionalismo cultural”. (SARLO, 1988: 97-98)

Según Beatriz Sarlo, la revista *Martín Fierro* “propuso una ruptura con las instituciones y costumbres de un campo intelectual preexistente” (ALTAMIRANO Y SARLO, 1997: 217) que no sólo posibilitó el desarrollo de la vanguardia sino que permitió a los martinfierristas reestructurar el campo literario privilegiando el hacer disciplinar frente a lo político. Esta idea se va a repetir con la NEH, la cual de una forma similar logrará alcanzar la autonomía de la disciplina para conquistar los espacios institucionales.

Como se ha mencionado anteriormente, existió una reacción y la aparición de nuevas vías de circulación de información que sirvieron para cambiar la forma de hacer investigación hasta llegar a hacer de la historia una profesión. Pero esto fue posible, en parte, porque existió una necesidad de la historia a principios del siglo XX, promovida en parte por la literatura coalicionada con el Estado Nacional, que no sólo permitió que el proyecto de consolidación de la NEH encontrara en su seno el terreno propicio para desarrollarse sino que logró hacer coincidir y servirse de ese proyecto para consolidarse como institución. Al mismo tiempo, la situación particular de la Facultad de Filosofía y Letras fue oportuna si logramos entender el impacto de la Reforma Universitaria del '18 y la captación por parte de la NEH del vacío institucional que se produjo luego de esta, hasta llegar a ocupar el Instituto de Investigaciones Históricas. Esto último se suma a la demanda hacia la historia en

torno al Centenario de la Revolución de Mayo la cual no es nada menos que la suma de grandes festividades nacionales cuya principal función era colaborar en la creación e inculcación de un culto a la Nación.

Todo lo anterior son claras manifestaciones de la aceptación que recibió esta corriente historiográfica, la inserción institucional que logró, la participación en la formación de los nuevos profesionales de la Historia, la utilización de manuales confeccionados por sus principales exponentes en los colegios. También fueron requeridos para asesorar a intendentes y otras autoridades para poner nombre a las calles y otros espacios públicos llegando así a meterse en diversos aspectos de la vida cotidiana como figuras de autoridad en el tema.

Sin embargo, el rasgo que definió a la NEH como una agrupación que se destacó dentro de la Historiografía fue el hecho de que la situación nacional que acompaña al proceso de profesionalización le otorgará la potestad para desarrollar un discurso historiográfico acorde a la legitimación del proceso de consolidación del Estado Nacional que se había iniciado en 1853 y es tangible recién hacia 1880.

Al mismo tiempo, es particularmente notable el hecho de que los puestos institucionales que los miembros de esta corriente ocuparon, muchas veces se extendieron desde fines de la segunda década del siglo XX fuera del ámbito académico dado que se consagraron además como figuras políticas notables. Es ejemplo de ello el caso de Emilio Ravignani que, debido a su vinculación con la UCR, ocupó banca como diputado en tres ocasiones. Es una clara muestra de la influencia que ostentaban como figuras de autoridad derivada de toda una década de ardua labor.

De ningún modo la Nueva Escuela Histórica fue sumisa frente a la intención estatal de direccionar, no sólo su discurso historiográfico para lograr los fines institucionales particulares, ni mucho menos su evolución y consolidación, sino que se puede vislumbrar una diferencia respecto a lo ocurrido con las demás corrientes que conformaron la tradición historiográfica argentina: la NEH supo encontrar un acomodamiento natural y un espacio propicio para crear su propio espacio institucional de creación de conocimiento. Esto le permitió por un lado dialogar con el Estado y serle funcional (sin que los intereses de una y otra parte entren en contradicción) y por otro, conquistar lugares académicamente reconocidos para,

desde allí, generar una ardua producción historiográfica comparada sólo con la producción que vendrá de la mano del revisionismo en la década de 1940.

Al mismo tiempo creemos que en este sentido se puede trazar un paralelismo entre la NEH, la revista *Martín Fierro* y la Ley Sáenz Peña, ya que estos tres espacios podrían pensarse como los destinados a subsanar las carencias generadas por el modelo restrictivo del Centenario que terminaba proponiendo “Argentina para los argentinos” cuando en realidad terminaba siendo un arma de doble filo que podía hacer que la masa inmigratoria no sólo no se integrara sino que, y mejor dicho a consecuencia de esto, se volviera en contra de la aristocracia de los nativos argentinos para instalar o tratar de modificar el orden establecido. En este sentido es a su vez un proceso paralelo al desarrollo de las asociaciones generadas en su mayoría por los inmigrantes. Lo que se busca es integrar e igualar, pasar de ser una mera argentinización en el sentido de un culto a lo nacional y a quienes poseen los rasgos de lo nacional en desmedro de quienes no poseen el ser nacional, para ser, por un lado la aceptación de los hijos de inmigrantes que, según los positivistas, ya tienen los caracteres nacionales, y además es la integración “en un pie de igualdad” de lo que los primeros “centenaristas” vieron como una oportunidad de asimilar como subsumido a ellos, con la promesa de que las generaciones posteriores lograrán ser iguales.

No obstante, otra cuestión a destacar, partiendo del análisis del período aquí trabajado y teniendo en cuenta el recorte temático realizado, es que el declive de producción intelectual coincide con la crisis institucional de 1930. Es significativo comprender de qué manera todos los espacios institucionales y culturales creados para argentinizar, tales como Centenario, las imágenes visuales de la mano de las estatuas, la literatura nacional de Lugones, en parte el modernismo americano fallan poco tiempo después de consolidarse. Pues esta nueva institucionalización en progreso no resulta eficaz a la hora de absorber las masas inmigratorias, y sufre cambios que en líneas generales puede decirse que proviene desde el exterior de las mismas. Así comprendemos la Ley Sáenz Peña sancionada en 1912, como una modificación y especificación del campo de la política burguesa moderna, pero también en este mismo sentido podría pensarse el surgimiento de la revista *Martín Fierro* en lo que compete al campo de la literatura con su feroz crítica hacia el modernismo de Leopoldo Lugones y la revista *Nosotros* y también en el campo

específicamente histórico, que es el principal motivo de este trabajo, podría pensarse el surgimiento de la NEH en un sentido similar. Hacia el año '30 podría entonces verse finalmente que fracasa la construcción de Estado que se había pregonado y festejado en torno al Centenario, y en este sentido tal vez puede entenderse que existe un proceso similar de anquilosamiento en las otras dos instituciones nombradas. Es decir, el Golpe de Estado de 1930, en nuestra opinión, significa el fracaso de la Ley Sáenz Peña y con ella el fracaso de dos décadas de construcción y legitimación de una idea de Estado Argentino demócrata y republicano que comienza en 1910 e intenta rescatarse con la introducción de las masas en la política.

A modo de cierre.

Se me ha señalado mientras realizaba el trabajo que por momentos se dejaba ver a los últimos años del siglo XIX y primeras décadas del XX como un proceso conjunto cuyas transformaciones fueron llevadas a cabo por un esfuerzo conjunto entre Literatura, Historia y Estado Nacional. De ninguna manera es mi intención transmitir esta idea.

Simplemente estamos recortando un espacio temporal para ver de qué manera son las relaciones que se establecen entre esos tres actores en el marco del desarrollo del período en donde cada uno de ellos persigue sus propios objetivos pero inevitablemente dichos intereses se entrecruzan. Pensamos en este sentido que puede desarrollarse una interpretación certera del proceso de autonomización histórica llevado a cabo por la NEH sólo si se piensa esta en conjunto con dos series de procesos paralelos que tienen su origen en la conservación del estado moderno consolidado hacia los '80 y en las problemáticas generadas por la inclusión de las masas inmigratorias. Estas dos series serían por un lado la del Modernismo Literario de Lugones en relación con el proceso cultural y político de la clase dirigente en el centenario y por otra parte la de la conformación del grupo martienfierrista como contestación al modernismo y fin de un proceso de autonomización de la literatura en relación con la Ley Sáenz Peña y la creación misma de la NEH.

Fuentes primarias:

- AGN, DDE, Sala VII 18-2-11

Bibliografía:

- Altamirano, Carlos y Sarlo Beatriz (1983), *¿Somos Nación?* En Ensayos Argentinos de Sarmiento a la Vanguardia, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Bertoni, Lilia Ana, (1992) “Construir la nacionalidad: héroes, estatuas y fiestas patrias, 1887-1891” en Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, 3a serie, N° 5, 1^{er} semestre de 1992.
- Buchbinder, Pablo, (1996) “Vínculos privados, instituciones públicas y reglas profesionales en los orígenes de la historiografía argentina”, en Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, 3a serie, N° 13, 1996.
- Buchbinder, Pablo, (1997) *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras.*, Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires. Eudeba.
- Carbia, Rómulo, (1940) *Historia Crítica de la Historiografía Argentina. (Desde sus orígenes en el siglo XVI)*, La Plata: Universidad de La Plata.
- Cattaruzza, Alejandro, (2003) “La historia y la ambigua profesión de historiador en la Argentina de entreguerras” en Cattaruzza, Alejandro y Eujanian, Alejandro *Políticas de la historia*, Madrid/Buenos Aires: Alianza, páginas: 103-142
- Cattaruzza, Alejandro (2012) *Historia de la Argentina 1916-1955*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Devoto, Fernando y Pagano, Nora, (2009) *Historia de la historiografía argentina*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

- Devoto, Fernando, (2007) “Introducción” en Devoto, Fernando coord. *La historiografía Argentina en el siglo XX. Estudio preliminar y complicación*, Buenos Aires: Editores de América Latina, páginas: 5 y 6.
- Ferrás, Graciela Liliana, (2007) “Ricardo Rojas: inmigración y nación en la Argentina del Centenario” en *Memoria & Sociedad* Vol, II n° 22 Enero – Junio de 2007.
- Lugones, Leopoldo, (1916) *El Payador*, Buenos Aires: Otero & Co Impresores.
- Nora, Pierre (Dir.), (1997) *Les lieux de mémoire*, 1, París: Quarto Gallimard,
- Pagano, Nora y Galante, Miguel, (2007) “La Nueva Escuela Histórica: una aproximación institucional del centenario a la década del '40” en Devoto, Fernando coord. *La historiografía Argentina en el siglo XX. Estudio preliminar y complicación*, Buenos Aires: Editores de América Latina, páginas: 65-108.
- Pagano, Nora y Rodríguez, Martha; (1999) “Las Polémicas Historiográficas en el Marco de la Profesionalización y Consolidación de la Disciplina Histórica.”; en *Estudios Sociales, Revista Universitaria Semestral*, Año IX, N° 17, Santa Fe.
- Ramos Mejía, José María, (1904) *Los Simuladores del Talento*, Buenos Aires: Feliz Lajouane & C. Editores.
- Ramos Mejía, José María, (2002) *Las Multitudes Argentinas*, Buenos Aires: Marimar.
- Ravignani, Emilio y otros, (1939) “Advertencia” en Ravignani Emilio y otros Coord. *Asambleas Constituyentes Argentinas*, Buenos Aires: Ediciones del Instituto de Investigaciones Históricas, páginas I-XLIV.
- Rojas, Ricardo, (1909) *La Restauración Nacionalista*, Buenos Aires: Ministerio de Justicia e Instrucción Pública.

- Sarlo, Beatriz; (1988) “Capítulo IV Vanguardia y Utopía” en *Intelectuales y vanguardia*, Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión Buenos Aires.
- Sarlo, Beatriz; (1997) “Vanguardia y criollismo: la aventura de Martín Fierro” en Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz *Ensayos Argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires: Ariel, páginas: 211-260.
- Wasserman, Fabio, (2008) *Entre Clio y la Polis. Conocimiento histórico y representaciones del pasado en el Río de la Plata (1830-1860)*, Buenos Aires: Editorial Teseo.